

EL BAUTIZO CASTIZO

Pseudónimo: Calvarian

En un lugar de Castilla, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo... que aguardábamos a la puerta de la iglesia, convidados al bateo y curiosos lugareños, el desenlace de un curioso dilema. Se acercaba el ansiado momento del bautismo del primer vástago de Hortensia y Honorato, motejados en el terruño como los HH, y los casi nueve meses de gestación no habían sido suficientes para aclarar el principal del asunto; los padres de la criatura no se habían puesto de acuerdo en el nombre que le iban a poner, algo que había sido motivo de escarnio, y de que hubieran circulado ciertas hablillas sobre la solidez de su matrimonio. Mientras el atrio del templo bullía en dimes y diretes convertido temporalmente en una especie de mentidero, a lo gradas de San Felipe en pleno Madrid de los Austrias, en la sacristía, se escenificaba el teatral tira y afloja que, en los últimos meses, habían mantenido los progenitores y sus respectivos apoyos.

Don Teogonio, el sacerdote, hombre cabal y cultivado, avalaba el nombre de Jacinto elegido por Hortensia, en honorable recuerdo del abuelo materno del bebé, basándose en el palmario e irrefutable hecho de que había heredado el desproporcionado tamaño de su cabeza. Del difunto Jacinto siempre se dijo que si su chola hubiera sido un garbanzo habría que haberlo echado a mojo en el Cantábrico.

Honorato, sin embargo, se inclinaba por llamarle Calepodio, respaldado por el prestigioso criterio de Ausencio, el erudito secretario del Ayuntamiento, aficionado a acudir al martirologio romano en busca de nombres que aconsejar; ambos afirmaban que el niño tenía los pies bellos y regordetes, y más calientes que las alpargatas de un calero.

Y fue entonces que, llegada la hora, sin que ninguno de los neo padres se hubiera bajado del borrico, el ceremonial del bautismo dio comienzo por obra y gracia del Sr. Cura, quien, una vez encerrado en sus vestimentas talaes, oficiaba con cierta premura, acuciado por unos inoportunos y molestos problemas de próstata. El ambiente aborrascado del interior del templo se podía cortar con navaja toledana. Hortensia sostenía al niño con nerviosismo y le dirigía a su marido miradas torvas y reprobadoras, mientras el terco Honorato se las devolvía reprochándole el haber llegado a aquel inevitable callejón sin salida. D. Teogonio acabó con aquel tenso y silencioso momento dirigiéndose a ambos con templanza:

–Bien, mis queridos hermanos, ¿Cómo le ponemos?

–¡Jacinto! Tiene la calabaza de su abuelo –se adelantó a contestar Hortensia con autoridad y semblante serio.

–Calepodio es más apropiado –replicó al punto, obstinado, Honorato, con un gesto displicente, expresando visiblemente su contrariedad, sin mirar siquiera a su esposa.

–Perdonadme, hijos míos, creo que no me he explicado bien. Me refería a que, como le ponemos, que al niño no le cabe la cabeza en la pila bautismal –concluyó el párroco provocando una carcajada general en el lado materno del templo, que rápidamente quedó disimulada tras un respetuoso carraspeo conjunto, al que siguió un silencio sepulcral, ante el evidente enojo del sector paterno, capitaneado por Honorato y Ausencio, a quienes no les pareció correcto que el clérigo inclinara sutilmente la balanza de la decisión hacia el Jacinto, elegido por Hortensia, al dar pública notoriedad al perímetro craneal del bebé. Entonces, el padre de la criatura, más basto que un bocadillo de escombros, hasta la coronilla de aquella situación, echó por la calle del medio, y tomando al pequeño por los pies, sosteniéndole boca abajo para que D. Teogonio procediera con el agua sacramental cuanto antes, dijo:

–¡Ea! Hasta aquí y no más. Se lo pongo en suerte. Póngale el nombre que sea menester.

Y el desenlace fue totalmente inesperado porque, cuando ya se veía al niño bautizado como Jacinto, la resolución se aplazó momentáneamente para acabar en un “ni para ti, ni para mí”. Mientras Honorato sujetaba el bebé por los tobillos con aquellas zarpas suyas, cuyos dedos parecían un manojo de nabos, D. Teogonio, recibida la inspiración divina (eso afirmó después en contra de la opinión de los asistentes que creían que lo que en realidad le había aguzado el ingenio era la acuciante incomodidad de su incontinencia), halló el ansiado punto de encuentro, y buscando la aceptación y complicidad del reputado Ausencio, se dirigió a él, mientras blandía, con cierto temblor de mano (quien sabe si por la emoción del momento o a causa de su dolencia), la concha con el agua sacramental que iba a derramar sobre la cabeza del pequeño que, en aquel momento, presentaba ya un preocupante tono bermejo.

-Ausencio –intervino el sacerdote con orgullosa grandilocuencia–, creo que el nombre más apropiado para el bebé es Pedro. Dada la ruda reacción de su progenitor, el niño va a ser bautizado boca abajo, en la misma posición que el apóstol fue martirizado.

Ante el inesperado y silencioso beneplácito de las partes (nadie puso pero alguno al Pedro propuesto por D. Teogonio ante el baptisterio), el clérigo procedió a acristianarlo en apostólica posición, recitando la pertinente fórmula: “*hoy comienzas a vivir, Pedro, bajo los ojos de Dios, sus manos te dan la bienvenida*”; el sacerdote hizo esa acertada alusión a las amables manos divinas en contraposición a las bruscas garras paternas. Instantes después, el niño, recuperado el color natural de su piel, rato le costó, pudo posar para la ansiada foto familiar, arrullado por una emocionada Hortensia, mientras Honorato apoyaba, satisfecho y cariñoso, su contundente manaza sobre el hombro de su esposa, ante la orgullosa y pactista mirada del sacerdote y el secretario del Ayuntamiento.